

carencias que he señalado, contribuye a mejorar nuestro conocimiento sobre cómo hemos llegado hasta aquí en el flanco oriental europeo. En este sentido, la cantidad de información que la obra aporta es extraordinaria y sumamente valiosa para el lector, por lo que creo que la editorial debiera haber cuidado bastante más el material gráfico, pues hay veces que no se aprecia bien al usar únicamente la gama de grises. En este caso es una aportación fundamental, pues ayuda mucho a comprender el texto. Otro tanto habría que decir de la toponimia, pues creo que no es de recibo utilizar las denominaciones ucranianas cuando tenemos las españolas. En mi opinión, pienso que la editorial debería haber explicado por qué ha optado por dichas denominaciones. Finalmente, y dentro de los aspectos formales, una última lectura hubiese mejorado la versión final, mejorando la puntuación, las tildes, etc. En cualquier caso, y más allá de estas consideraciones, que deben verse como constructivas, insisto en la validez de este libro y en la necesidad de que la historiografía española siga contando con trabajos de esta naturaleza.

Alonso Ibarra, Miguel. *Cruzados sin gloria: El ejército de Franco en la Guerra Civil*. Barcelona: Pasado y Presente, 2025. 659pp. ISBN: 978-84-128995-2-8

DOI: <https://doi.org/10.36132/txeznz50>

Por Jerónimo Ordóñez Manzano

 <https://orcid.org/0009-0008-1785-5351>

Universidad de Granada

E-mail: Jero.ordoniez.manzano@gmail.com

“La guerra es ante todo sangre, mierda y fango”. Así introduce Miguel Alonso Ibarra *Cruzados sin gloria, el ejército de Franco en la Guerra Civil*, un libro que es fruto de su tesis doctoral publicada en 2019. Contando con un amplio aparato de fuentes y referencias, el autor se sumerge en los aspectos más humanos y cotidianos de los soldados de Franco siguiendo tres enfoques distintos, pero íntimamente relacionados, que expone en su introducción: la guerra militar, la guerra política y la guerra de los soldados. Estos tres ejes vertebran la totalidad del libro y dialo-

gan entre ellos ofreciendo importantísimas contribuciones a lo que ya se conoce sobre la Guerra Civil. Muchas de ellas cuestionan o derriban algunos axiomas asentados y ampliamente aceptados hasta no hace mucho por la historiografía y por ciertos sectores ajenos a ella. Conforme vayamos desgranando los capítulos del libro, nos sumergiremos más en estas contribuciones.

Los primeros cuatro capítulos podrían integrarse en el enfoque de la guerra militar, si bien dialogan con los otros dos axiomas. Alonso Ibarra defiende que el carácter sobreenvidado de la guerra generó una serie de problemas en el bando rebelde. En primer lugar, una escasez y falta de recursos que no se llegó a solucionar a lo largo de todo el conflicto y que fue óbice para que los oficiales rebeldes acaparasen material militar desoyendo las órdenes de los altos mandos. Esto se relacionaría con el segundo problema: la rápida movilización de los soldados y la casi nula preparación militar. Unido al desconocimiento de vivir en primera persona una guerra total como la que se acababa de abrir, haría que el acaparamiento del escaso material sirviese como un aliciente de falsa seguridad, hecho que vendría también dado por la escasa formación de una oficialidad que se construyó de manera apresurada y deficiente. Aunque se pueda pensar que las tropas coloniales gozasen de más preparación y que constituyeron una excepción, Alonso Ibarra acierta al puntualizar que la Guerra Civil no supuso un simple traslado de la violencia colonial a suelo español. Estas optaron por este tipo de violencia porque era aquella que conocían. Así, el hacer frente a un bando que contaba con aviación y artillería contra la que no se combatió en Marruecos hizo que las tropas coloniales también tuvieran que amoldarse a la guerra total a marchas forzadas. Sin embargo, el autor no deja la cuestión aquí, defiende que buena parte del sustrato político-cultural del que bebieron las fuerzas coloniales no solo provino del protectorado, sino también del fascismo, hecho que fue clave para que la violencia desplegada tuviese una naturaleza eliminacionista.

La escasez de medios también habría llevado al alto mando rebelde a incidir en el desarrollo de una masculinidad falangista radicalizada basada en la ausencia del miedo a la muerte y el sacrificio necesario, persiguiendo motivar a los soldados y socializarlos en un magma político-cultural fascista. El enfoque sobre los combates que tuvo el alto mando sublevado se relacionó intensamente con esta idea, generando una síntesis entre ideología e imperativo militar, términos que han solido estar enfrentados en los debates historiográficos sobre la violencia de masas. Así, en los momentos de combate el soldado recibiría la máxima condecoración (la Laureada) si demostraba su compromiso luchando o muriendo por la causa rebelde o, en caso contrario, se vería frente al paredón de fusilamiento o un tribunal militar. Como resulta evidente, este modelo también tuvo serias desventajas: un importante aumento de las deserciones y la muerte inútil de combatientes desde un punto de vista táctico.

Conforme fue avanzando el conflicto, el Cuartel General del Generalísimo (CGG) se preocupó por emitir órdenes e instrucciones que evidenciaban su voluntad de adaptarse a las condiciones dadas por el carácter sobrenatural de la guerra. Por ejemplo, para la batalla de Madrid en 1936 se indicó que la infantería debía avanzar tras los carros de combate en la ciudad, pero tras varios reveses el CGG se percató de la debilidad de estos vehículos en el entorno urbano y emitió nuevas instrucciones retractándose de lo indicado anteriormente. Ahora bien, a pesar de estas disposiciones los combatientes siguieron repitiendo los mismos errores durante todo el conflicto, algo que de nuevo se relaciona con la poca instrucción y la falta de recursos mencionada anteriormente. En el caso de los carros de combate, aunque su ineficacia en entornos urbanos estuviese probada, servían como aliciente moral. Cuantos más recursos acumulados, mejor. Esto evidenciaba también las distintas formas de hacer y ver la guerra entre el alto mando y los combatientes y oficiales a ras de suelo.

En la forma de hacer la guerra del bando rebelde Alonso Ibarra cuestiona la tesis de la guerra lenta, desarrollada por Paul Preston y Ángel Viñas entre otros. La propia documentación del CGG advierte la necesidad de ganar la guerra cuanto antes por parte de un alto mando rebelde temerosos de posibles intervenciones internacionales en apoyo de la República. La lentitud del conflicto fue esencialmente la consecuencia de la naturaleza sobrevenida del mismo y de los problemas de los que adoleció el bando sublevado. Cuestiones como el desvío de Franco de Madrid hacia Toledo no fueron una decisión deliberada dejando escapar una victoria asegurada, pues no existía esta certeza de triunfo.

Los últimos cinco capítulos abordan la guerra política y la guerra de los soldados sin dejar de dialogar con la guerra militar. Así, Alonso Ibarra muestra en esta última parte del libro el rostro más humano de la guerra, subrayando las aristas y los contornos grises de unos combatientes en los que se puede observar su lado más humano. Entre la sensación de fascinación por los efectos de las modernas máquinas de matar y el horror de vivir en la carne propia sus consecuencias, el miedo y el trauma fueron las sensaciones más extendidas entre los combatientes. Aunque el miedo está camuflado o casi ausente en las memorias de los soldados, los ataques de pánico y las crisis nerviosas afectaron a los combatientes a lo largo de todos los frentes. Para hacerles frente, desarrollaron estrategias que iban desde la superstición religiosa y la drogadicción hasta la propia deserción, pasando por el suicidio y la autolesión. La ya mencionada acumulación de materiales también funcionó como un factor para disuadir el miedo. Contar con abundantes recursos generaba una sensación de seguridad (fuese falsa o real) tanto entre la tropa como entre la oficialidad.

La supuesta tranquilidad de los frentes secundarios, llamados así por la escasa atención que les ha prestado la historiografía, es también objeto de estudio en el presente libro. La vida del combatiente se presenta

como aburrida y vira en torno a los escasos entretenimientos que existen en la trinchera: jugar a las cartas, emborracharse, charlar y compartir experiencias, incluso relaciones homosexuales y homoeróticas siempre que no fuesen descubiertas y denunciadas. Alonso Ibarra apunta que este ambiente no debe confundirse con unos frentes en calma, tesis que ha tenido un importante peso en la historiografía de la Guerra Civil. Incluso en los lugares donde no se dieron grandes batallas existió actividad militar que se materializó en golpes de mano o pequeñas escaramuzas y que mantuvo activos a los combatientes.

La camaradería constituye un elemento clave en la obra. La generación de lazos de compañerismo y hermandad fueron vitales para cohesionar al conjunto de la tropa. Sin embargo, al contrario de la imagen dada por la propaganda franquista sobre soldados unidos en torno a un marco ideológico, esta viró en torno al sufrimiento compartido y cuestiones tan banales como las juergas en retaguardia. El ambiente de excepción y la impunidad de la que gozaron los combatientes generaron fuertes vínculos que se materializaron en torno al alcohol, la violencia y el sexo, elementos clave de la masculinidad combatiente. Ahora bien, la camaradería tendió a estar sobredimensionada en las memorias de los soldados. Los malos tratos de algunos oficiales, el desprecio hacia la figura del capellán por su función de control moral y los enfrentamientos entre falangistas y requetés o entre soldados españoles e italianos ofrecen un matiz importante.

La impunidad y el marco de excepción no fueron solo útiles para generar una hermandad combatiente, también explican buena parte de los elevados niveles de violencia que se mantuvieron a partir de 1938 a partir de las continuas directivas del CGG que intentaban mitigarla. A partir de este año, la victoria se decantaba cada vez más por el bando sublevado, por lo que no había más necesidad de mantener una violencia masiva ejemplarizante destinada a la paralización de resistencias. No obstante, formaba parte del proceso de ingeniería social propio

de un proyecto político fascista. Por ello, los combatientes siguieron manteniendo elevados niveles de violencia (materializados en ejecuciones de prisioneros de guerra y violaciones a mujeres) sin recibir castigo. Se trataba de una tensión entre el proyecto eliminacionista vigente y el intento de ganarse el apoyo de la población.

La politización de los soldados de Franco es quizá el aspecto más interesante del libro dada la polémica historiográfica en torno a esta cuestión. Utilizando memorias de guerra publicadas a finales del franquismo o durante la Transición, Alonso Ibarra muestra cómo, a pesar de mostrar actitudes antibelicistas y críticas contra el régimen y visiones alejadas de la hipermasculinidad combatiente, en los soldados permearon ideas-fuerza afines al régimen franquista. La ideologización no estuvo así relacionada con la asunción de una ideología concreta, sino con un proceso de apropiación de ciertos elementos del magma político-cultural del franquismo que serían reelaborados, reinterpretados y asumidos desde una perspectiva más crítica.

Alonso Ibarra ha escrito una obra de obligada referencia para la historiografía actual de la Guerra Civil española y que promete ser fundamental para la nueva historia militar. Prueba de ello es su enfoque multidimensional (guerra política, militar y de los soldados), el uso y tratamiento de las fuentes y su capacidad para mostrar las aristas y las tensiones que a priori parecerían contradictorias en los debates historiográficos sobre la Guerra Civil. La prosa es otro punto fuerte del libro, puesto que trasciende el ámbito académico y resulta accesible para cualquier lector interesado en este periodo de la historia de España.